

Todo empezó en Copelia



FRESA Y CHOCOLATE. Cuba/México/España 1993. Directores, Tomás Gutiérrez Alea, Juan Carlos Tabío. Libreto de Senel Paz, Tomás Gutiérrez Alea; diálogos, Gilda Santana. Argumento del cuento El lobo, el bosque y el hombre nuevo de Senel Paz. Fotografía, Mario García Joya. Montaje, Miriam Talavera, Osvaldo Donatien. Dirección artística, Fernando O'Reilly. Vestuario, Miriam Dueñas. Música, José María Vitier. Gerente de producción, Miguel Mendoza. Producción ICAIC (Habana)/IMCINE (México)/Tabasco Films (México)/Telemadrid (Madrid)/SGAE (madrid). Elenco: Jorge Perugorría (Diego), Vladimir Cruz (David), Mirta Ibarra (Nancy), Francisco Gattorno (Miguel), Jorge Angelino (Germán), Marilyn Solaya (Vivian). Duración: 110 minutos

A fines de los años setenta, hubo una persecución en Cuba contra intelectuales y artistas acusados de homosexuales. El hecho nunca fue admitido públicamente pero todos en Cuba hablaban en voz baja de las arbitrariedades que llevaron al exilio o a la cárcel a gente que a veces ni siquiera era opositora. Reynaldo González, actual director de la Cinemateca de Cuba, estuvo preso y luego en una prolongada detención domiciliaria, acusado de contrarrevolucionario y homosexual, aunque era por entonces uno de los más notables novelistas cubanos. En una crónica para IPS, hace pocas semanas, González describía desde dentro de Cuba la memoria de ese perlo: *El teatro nacional, que tenía una*

vida envidiable en el hemisferio, todavía no se recupera de los drásticos efectos de aquella política, pese a esfuerzos de la administración cultural actual. Otro tanto padecieron escritores notables, cuyas obras ya no fueron las mismas de antes ni recibieron atención por las autoridades, aunque luego se quiso rectificar la política seguida con ellos. Es el caso del más grande poeta lírico de Cuba, José Lezama Lima, quien pagó con el ostracismo el éxito internacional de su novela Paradiso, donde abundan las escenas sexuales y referencias a la homosexualidad. Es una demostración de que se puede dañar el cuerpo cultural por decreto, pero la misma vía no alcanza a curar las heridas. La literatura y las artes plásticas se resintieron en lo que críticos benévolos denominan con el eufemismo del "quinquenio gris", que en la práctica fue una larguísima década. El problema superaba la persecución a una minoría: eran los tiempos en que desde posiciones de conducción cultural intentaron imponer, sin éxito, los moldes del "realismo socialista", según fórmulas copiadas del Este europeo y en menosprecio de la rica cultura autóctona". Lo que estaba en juego no era el respeto por la minoría homosexual.

A la vuelta de la historia, Tomás Gutiérrez Alea utiliza con el apoyo de su discípulo Juan Carlos Tabío, un cuento de Senel Paz, para poner al día viejas cuentas pendientes. Su película está pensada y estructurada de cara al espectador cubano, da

por sabidos numerosos detalles e historias conocidas (con lo que el espectador extranjero pierde una parte considerable de sus filosas referencas críticas), y alude a personas concretas que siguen teniendo su peso en Cuba hoy en día. El propio ICAIC, que produce el film, está de nuevo dirigido por Alfredo Guevara, un homosexual que en ese tiempo pasó a desempeñarse como Embajador de Cuba ante la UNESCO, mientras en la isla eran segregados algunos cineastas y a los otros se les asignaba comisarios políticos que los acompañaban para evitar errores. Las preferencias de uno de los personajes, el homosexual que interpreta Jorge Perugorría, quien tiene predilección por Donne y Kavafis (y por Time), son un reflejo de personas reales, incluyendo al predecesor de González en la Cinemateca de Cuba, que por años fue casi borrado ante el mundo exterior. Cuando los personajes se interrelacionan en un contexto social y político asfixiante, todo espectador cubano sabe leer en detalle a qué se está refiriendo el film, y en esa doble lectura en profundidad radica la mayor audacia de una obra que apuesta a ser reflexiva, tolerante, como no ocurría hace casi veinte años.

Con sentido didáctico el relato se centra en un militante de la Juventud Comunista (Vladimir Cruz) abordado en Copelia, pleno Parque Lenin, por un intelectual gay (Perugorría). La relación que se inicia pone en crisis los prejuicios revolucionarios del militante, que denuncia a ese sospechoso a un cuadro de organización. La amistad crece, con lo cual se expanden las contradicciones, el militante se enamora de la mejor amiga del intelectual (Mirta Ibarra), y a medida que se tambalea su visión esquemática de la vida, ganan peso los argumentos cínicos de la mujer, que quizás tiene más sentido común que quienes dirigen la vida política en el país. En contraste, y como trasfondo de calles y ambientes populares de La Habana, la vida parece congelada o a lo sumo aquejada de formas religiosas, mientras por la televisión los jóvenes militantes perciben ideales de conducta que consisten en desenmascarar a enemigos de la revolución, que vienen de afuera pero también están dentro, y otras tonterías por el estilo. La vida, la realidad, parece petrificada en una sociedad inmóvil. De ese modo, más que una crónica de la intolerancia, la película recupera el clima con que se vivieron aquellos sectarismos. Cuando introduce algún *orishá* mezclado con vírgenes cristianas, impulsa un doble comentario sobre la supervivencia de las raíces culturales cubanas, y la tolerancia con que un régimen cerrado que se pretende racional admite la irracionalidad popular. Todo se entrecruza: el individualismo del intelectual *gay* es una amenaza para el *establishment*, el sentido machista de la vida es revolucionario, un homosexual sólo puede ser un débil, un pasivo peligroso. Y a medida que el espectador simpatiza con

el personaje de Perugorría, la apelación a la inteligencia contra la torpeza parece más clara.

El relato que contiene estas propuestas es llano, tiene un costado casi neorrealista, apunta lo cotidiano, pero casi imperceptiblemente evoluciona hasta alcanzar grados de ternura dramática que culminan en la secuencia final, donde los personajes reflexionan y con ellos el espectador. Si todo esto pasó realmente en Cuba, es muy difícil (para un espectador cubano) ser indiferente a los seres humanos (los personajes de la ficción) que lo padecieron. En ese momento, culmina el relato, se cierra la historia, y culmina también la honestidad intelectual de Gutiérrez Alea y Tabío. No están diciendo nada terminante, pero están diciéndolo todo.

Este es el primer film cubano que debate claramente el tema de la militancia política y las opciones sexuales. Y es uno de los primeros que desde dentro de la Revolución cuestiona públicamente lo que durante años se habló en voz baja y a escondidas. Antes, *Alicia en el pueblo de Maravillas* de Daniel Díaz Torres, casi provoca un terremoto, y poco después *Vidas paralelas*, de Pastor Vega, se referiría con mucho cuidado a la situación de los homosexuales durante la Revolución. En ambos antecedentes las discusiones son indirectas y menos reflexivas que en *Fresa y chocolate*. Con el film de Gutiérrez Alea y Tabío la discusión va en serio, y la inmediata *El elefante y la bicicleta*, de los mismos directores, parece afirmar un soplo de aire fresco en tiempos política y económicamente muy duros para Cuba. ♦

Manuel Martínez Carril